

RAZÓN DE SER DE UN LIBRO

Por AQUILINO DUQUE GIMENO

Nombrar es crear y muchas veces son los nombres los que se adelantan a las cosas. Muchas son las cosas por las que hay que pasar hasta llegar al “nombre entre los nombres” que es la razón de ser de este libro y casi diría de toda una vida. Esas cosas son paisajes vividos, lecturas interiorizadas, ensoñaciones musicales, viajes en el espacio y en el tiempo y, cómo no, historias de familia. Alguna vez he escrito que la historia de una familia es la historia de una decadencia, una decadencia que impulsa a sus miembros más jóvenes a hacer tabla rasa del pasado, hasta que con el paso del tiempo y según el pasado se aleja y se convierte en tradición, los jóvenes que van dejando de serlo meditan sobre las ruinas y procuran rescatar y reconstruir no sólo los edificios o los monumentos, sino mucho de aquello que motivó o justificó su existencia,

La historia de la humanidad es una cadena de guerras y revoluciones encaminadas a dominar el mundo para hacer de él un paraíso, para lograr la redención del género humano en el reino de lo inmanente. Un escéptico insigne, el padre de Paul Morand, encarnación del cinismo hedonista envuelto en buen gusto de la *Belle Époque*, decía que no veía cómo el otro mundo le podía haber salido bien al Creador teniendo en cuenta lo mal que le había salido éste nuestro, y un creyente no menos insigne, el anglojerezano Mgr. Gil-

bey, capellán católico en Cambridge, decía que este mundo no tiene arreglo, que lo que cada cual tiene que hacer es procurar salir de él siendo mejor de lo que entró. Todos al nacer recibimos cinco talentos y el mundo sería mucho mejor si esos talentos los empleáramos bien. No sé si Jacobo Cortines se habrá hecho estas consideraciones a la hora grave de ajustar los sueños y la realidad; de lo que estoy seguro es de que al abrir el gran libro de la vida ha llegado a la conclusión de que en el principio era el Verbo.

Si poesía es creación, qué duda cabe de que el Verbo es la quintaesencia de la poesía, de una poesía que, en este caso, empieza siendo un eco de Leopardi: los campos secos (*quest'eremo colle*), el naufragio del poeta en el propio silencio, o de Homero en prados con yeguas o de Alberti entre arboledas perdidas, o de Valéry en ese mar “con su empezar eterno” lleno de ausencias irreparables, de pesadillas surrealistas, de sombras queridas que discurren entre las tumbas y los escombros y las salas vacías de un esplendor abandonado.

Los poetas se dividen en lunáticos y en estrelleros, y eso quiere decir que si no mirasen al cielo de la noche nunca entenderían del todo lo que se ve a la luz del día en la superficie de la tierra. Oficio de vate es vaticinar y para ejercer bien su oficio el vate, el poeta, no tiene más remedio que levantar su vista a las estrellas. No siempre es esto posible y para muchos la vida no es un camino de rosas. No lo fue por ejemplo para Cernuda, poeta de cabecera de Cortines, pero no por eso dejó de tener su hora de oro en la que sintiéndose, “divinamente solo”, vio subir “su canto puro a las estrellas”.

Desde que trato a Jacobo Cortines, un trato que ronda los ocho lustros, siempre ha ido a más en lo que a mí respecta, que es en la poesía y en la amistad, y ese “ir a más”, ese progreso, no deja de ser insólito en unos tiempos en los que los poetas más valorados son los que con más encarnizamiento han practicado la destrucción y la degradación, no ya de la propia persona y del propio entorno, sino de ese don divino que es el lenguaje. Si la llamada generación del 27 se redujo a los poetas antologados por Gerardo Diego, la que algunos han llamado de los 50 la reducía a dos tan sólo uno de ellos, mejor dicho, la reducía a uno y medio, sin especificar, y es que tanto el uno como el medio tenían una fuerte vinculación con Cernuda, pero con el Cernuda vidrioso,

no con el Cernuda cristalino como la tienen otros, como Pablo García Baena y el propio Cortines, entre los poetas vivos.

Los poetas del siglo XX, tanto los de anteguerras, como los de entreguerras o los de trasguerra, se encontraron que entre ellos y la tradición se erigía el muro seductor de las vanguardias, a cuyo atractivo era muy difícil sustraerse. Jacobo Cortines es un buen ejemplo, y ahí están los números de su revista *Separata*. Un mero *dilettante* se habría estrellado contra el muro, pero Cortines era no sólo un poeta, sino un estudioso de la poesía que no reducía ese estudio a la poesía en verso, sino que la extendía a la música y a la pintura. Todas esas bellas artes estaban en su árbol genealógico, y en él habían dado fruto: su tío abuelo el poeta Felipe Cortines Murube, puntal en su día de la excelente revista *Bética*, su propio padre José Cortines Pacheco, arqueólogo, mecenas, pintor *amateur* con más talento y personalidad que muchos profesionales de las brochas, erudito fino y agudo, académico de Bellas Artes que no pudo entregarse en cuerpo y alma a lo que ésta le pedía porque desde muy joven tuvo que defender con un fusil y rehacer después el devastado patrimonio familiar. Por si esto fuera poco, Jacobo Cortines injertó un esqueje de otro árbol ilustre en el que estaba nada menos que doña Cecilia Böhl de Faber, *Fernán Caballero*.

Decía Octavio Paz que la poesía no es sólo cuestión de raíces, sino también de alas, y Jacobo no tardaría en levantar el vuelo para no naufragar en lo telúrico y radical de sus tradiciones familiares. Lo que un arqueólogo como su padre había buscado en el subsuelo de la Bética, Jacobo iría a buscarlo en ultrapuerros y en ultramar. Las raíces y las alas no son incompatibles, y en su caso la Italia del *Bel canto* lo devolvía a su Lebrija natal a través del Leporello del *Don Giovanni*, el lebrél que acosa y recupera las piezas que cobra el Burlador, y no deja de ser curioso que ya el propio Zorrilla ponga en boca de su *Don Juan Tenorio* la palabra “lebrél” una de las veces que se dirige a su criado Ciutti. ¿Tenía en su mente a Lebrija Lorenzo da Ponti cuando se le ocurrió llamar “Leporello” al personaje que Molière había llamado “Sganarelle”? *Chi lo sà!* La imaginación corre más que la realidad. Una vez en Roma que tuve que llamar a España por teléfono desde un lugar público, al ir a abonar el importe de la conferencia, me dice la señorita del mostrador: *Con la Spagna,*

mille tre, o sea mil trescientas liras, unas cien pesetas, y no pude evitar decirle a la muchacha que si no sabía que sus palabras eran una *battuta* de *Don Giovanni* o *il dissoluto punito* y precisamente de Leporello cuando pasa lista a las conquistas de su amo, entre las que, entre paréntesis, ella merecía figurar.

Mucho habría que decir también de la devoción por Rossini de Jacobo Cortines, desde aquel memorable *Barbiere* ilustrado por Carmen Laffón que él vertió al castellano, hasta su fidelidad al Festival de Pésaro, pero la relación fundamental con Italia la debe a la poesía, y tanto la llora en el *ermo colle* de las Marcas adriáticas, como la goza en *i dolci colli* de la Vaucluse provenzal. Rilke decía que todos los poetas hablan la misma lengua. Yo digo que todos los poetas son contemporáneos. Ya Quevedo vivía en conversación con los difuntos, y Jacobo Cortines intimaría de tal modo con Petrarca que llegó a tutearse con él. Cuando un poeta traduce a otro acaban por hablarse de tú, y ese privilegio se lo ganó Cortines a pulso en su traducción de los *Triunfos* del aretino trasterrado, con el que tanto habló de la agridulce cárcel del amor, de la castidad, de la muerte, de la fama, de la gloria y, finalmente, del tiempo y de la eternidad.

Hay que tener en cuenta esos antecedentes para entender, no sólo la estética renacentista de Cortines, sino su idea del acto poético como un ajuste de cuentas o una confesión general sin los que no se entendería el extenso poema con que culmina este libro, como tampoco se entendería sin aquella *Carta de junio* dirigida al padre en la que había más preguntas que respuestas, más dudas que certezas, dudas y preguntas que aparecen despejadas y respondidas en este poético acto de contrición que es además un acto de reparación y de reconciliación, en primer lugar del poeta consigo mismo. Los versos del extenso poema final han ido naciendo paralelamente al empeño de rehacer y restaurar el patrimonio heredado y ambas tareas, ambos empeños, tienen la misma finalidad, que es el de rendir un homenaje a un linaje con el que tuvo sus más y sus menos. Desde el sorteo entre notarios y albaceas pasando por el desescombros y la recuperación de arcos cegados y bodegas hundidas, los trabajos de reforestación y ajardinamiento, de ordenación de huertos y sembrados, hasta la creación de unos interiores luminosos, no hay afán que no esté

descrito poéticamente en los versos que culminan en ese nombre entre nombres que es el cortijo o hacienda *El Labrador*. Muchos cortijos andaluces son casas de labor en las que el dueño pasa si acaso breves temporadas y que en general se protegen del clima con muros gruesos y huecos pequeños por lo que los interiores suelen ser sombríos. En *El Labrador* en cambio se nota la influencia de un siglo muy caro a los propietarios, que es justamente el Siglo de las Luces, el de Casanova, el de Voltaire, el de Rousseau, pues por sus grandes huecos se da entrada a un campo en estado de naturaleza. En un bello ensayo sobre Leo Frobenius, que data de 1938, XVI E. F., Ezra Pound contrapone al concepto de *Kultur*, tan desacreditado ya por los positivismos políticos desde Bismarck en adelante, el concepto de *Paideuma*, que define como “el conjunto de las ideas, dominante y germinal, de una época y un pueblo. Se puede morir por su causa, o se puede colaborar y añadir una fuerza de voluntad propia a ese conjunto”.

Acaso esa “fuerza de voluntad”, poco conforme con las ideas dominantes de nuestra época, esté en los cimientos o anticipos de esta obra, en los poemas de identificación con el paisaje de la primera parte del libro, en los que no sólo se describen y evocan los “paisajes del alma”, sino que con ellos se crea el clima y el marco en los que va a situarse el poema final, y entre esos poemas hay que destacar una elegía muy significativa, la dedicada a un amigo muerto prematuramente, el arquitecto y artista Víctor Carrasco, que vivió entre San Francisco y Bornos, donde en unas antiguas caballerizas de la familia Ribera se labró una casa con un jardín maravilloso y una azotea sobre las aguas del pantano. Acaso sea en su homenaje también la cita de Casanova que incluye Jacobo al frente de una las partes del poemario. En esa casa hay un patinillo convertido en espejo de agua en cuyo centro, en un alcorque encalado, se alza un limonero, y que a mí me hizo pensar en unos versos escritos en 1933 o 1934 allí cerca, en la sierra gaditana, en otro pueblo del señorío de la familia Ribera, por alguien destinado a morir joven pero que, para mí, tuvo tiempo por lo menos de haber saludado a Petrarca:

*Jardín de Paterna, el tiempo
se cayó en un pozo blanco
debajo de un limonero.*